

LA MUJER EN LA GUERRA REVOLUCIONARIA

POR

MANUEL DE SANTA CRUZ

Recuerdo de los días gloriosos de la Cruzada de 1936 aquellas bandadas de jóvenes enfermeras voluntarias que, terminado su turno, salían alegres y bulliciosas del Hospital Militar de don Alfonso Carlos, en Pamplona. Formaban parte de una organización de la Comunión Tradicionalista en pie de guerra llamada "Asistencia a Frentes y Hospitales" y usaban el nombre genérico de "las margaritas", en homenaje a la reina doña Margarita, esposa del rey don Carlos VII, al que tanto apoyó en la guerra carlista contra el liberalismo; más de veintidós hospitales de sangre instaló en la parte norte de la zona donde reinó efímeramente, y en ellos prodigó sus cuidados hasta el punto de ser designada con el sobrenombre de "El Ángel de la Caridad". En la zona catalana realizó algo parecido Joaquina Vedruna, después elevada a los altares a mediados del siglo xx, de familia heroica y novelesca con la mayoría de sus miembros empeñados en la misma lucha contra los impíos.

Cuando después de la toma de Badajoz, en agosto de 1936, y de Irún, en septiembre, se vio que aquella era una guerra en toda regla, y que iba para largo, las "margaritas" se dedicaron también, febrilmente, a preparar prendas de abrigo para los combatientes, para el invierno que se echaba encima. Análogas tareas realizaban también las jóvenes de la Sección Femenina de Falange Española, pero más politizadas, con lo cual iban delante en el acercamiento al umbral de la guerra revolucionaria, que es mucho más política que la clásica.

En el otro lado del frente, y más en la retaguardia, señalemos a las milicianas rojas como temprano balbuceo de la gue-

rra total; también tuvieron más y mejores "arengadoras" para sus hordas.

¿Qué había cambiado, en la relación de la mujer con la guerra en los casi setenta años que mediaron entre la guerra carlista y la Cruzada de 1936? Nada, absolutamente nada. Con la excepción novelesca de Mata Hari, la mujer seguía acantonada, inmobilizada en su movilización exclusivamente para las tareas de enfermería y de confección de ropa. ¿Y entre la Cruzada y el milenio? Ahora, sí; ahora la situación ha cambiado, y profundamente, por dos factores: por el cambio de la sociedad y por el cambio en el arte de la guerra.

La mujer ha accedido a la igualdad con el varón, lo cual le ha llevado a trabajar fuera del hogar y en tareas altamente especializadas, de categoría. Se ha hecho —o le han hecho— igual al hombre, al que trata de tú a tú con absoluta naturalidad y desenvoltura; se ha virilizado. Además, se han acortado mucho las distancias entre los variados niveles económicos y las clases sociales. De manera misteriosa —¿presiones secretas de sociedades secretas?—, sin responder en absoluto a un auténtico y sincero clamor popular, la mujer se ha instalado en las escalas de mandos de los ejércitos y de la Guardia Civil, que en guerra es la Policía Militar. Paralelamente, la mujer ha aumentado su cultura y su preparación técnica de manera asombrosa; ha pasado de las cuatro reglas y de las labores "propias de su sexo" a desempeñar cátedras de ingeniería.

La Iglesia ha evolucionado ante esto rápidamente y bien. Esta nueva posición social de la mujer, inicialmente vista con reservas por muchos católicos, cuenta hoy con el firme apoyo de organizaciones religiosas que contemplan en sus filas mujeres que ocupan altos cargos. Esto importa al estudiar la moralidad de la incorporación de la mujer a la guerra revolucionaria.

¿Cómo se vuelca en la guerra esta nueva sociedad? Se vuelca en un recipiente o molde nuevo, en una forma nueva deshacer la guerra, que es la guerra revolucionaria. No ha sido menor la evolución del arte de la guerra.

La guerra sigue siendo la imposición de la voluntad propia al enemigo por medios distintos de los políticos. Hasta después de

la Segunda Guerra Mundial esos medios eran, mayoritariamente, la ocupación del terreno por la infantería. Pero ahora, se salta ese trámite —guerra sin frentes—, y se pasa directamente a la ocupación de la mente del enemigo mediante la propaganda. Una propaganda apoyada en la fuerza y en la psicología, distinta de la publicidad. A la guerra revolucionaria se le llama también “guerra psicológica”. Es una guerra total; no hay distinción entre frente y retaguardia; toda la población, también las mujeres, está más o menos inmersa en ese proceso. No es sólo cuestión de jóvenes, sino de personas de toda edad, sexo y condición.

¿Cómo la mujer de hoy “hace” la guerra revolucionaria?

El tema interesa por sí mismo, y además, por la ventaja que los enemigos de la Fe nos llevan en él a los católicos. No podemos modernizar nuestro arte de la guerra sin incorporar a la mujer a la guerra revolucionaria. ETA y GRAPO, maestros del género, lo han hecho ya cumplidamente. Fue un gravísimo error que los combatientes de la España Nacional se desmovilizaran al terminar la guerra clásica y aparente, y no menor es el error de que sus posibles sucesores espirituales de hoy no sepan una palabra de guerra revolucionaria.

Análogamente a que la movilización industrial empieza por la fabricación de máquinas-herramientas, es necesario, esencialmente necesario, valga la redundancia, que un pequeño grupo —ójala grande— de mujeres católicas y patriotas, estudie guerra revolucionaria para después ser monitoras de la movilización de la gran masa de mujeres católicas, hoy ausentes del fenómeno. Movilización en dos escalones: primera línea, activa, y segunda línea, de reserva y de apoyo a los hombres en casa.

Nada de lo que sigue excluye las tareas clásicas al principio citadas, de enfermería y vestuario. Hay que mantener esto, pero hay que hacer más cosas, muchas más cosas. ¿Las hay tan específicas de la mujer, como en las guerras antiguas?

En la primera línea, actuante, la nueva capacidad de la mujer, recién demostrada, para cualesquiera de las funciones desempeñadas hasta ahora por los hombres, anuncia que nada específico suyo nos sorprenderá en este panorama. La práctica confirma esta desilusión. En un segundo plano, de reserva y de apoyo al

hombre, una pre movilización de la mujer tiene una expresión específica y bastante clara: es su politización.

La guerra revolucionaria es una guerra muchísimo más politizada que la guerra clásica; es una guerra política. Las unidades pequeñas, de y sin violencia física, se integran en ella sin formar un frente lineal definible topográficamente; están inmersas en la sociedad como el pez en el agua, pero necesitan que esa agua sea potable, es decir, que una parte considerable de la sociedad les comprenda y ayude, y eso sólo es posible si sus mujeres, aunque no del todo movilizadas, están más politizadas que actualmente, cuantitativamente con una politización más profunda, ingeniosa y sutil.

Como el varón revolucionario, guerrero o no, también está politizado, parece que en este punto no hay un hecho diferencial y específico de la mujer. No lo hay cualitativo, pero sí, y grande, cuantitativo, no a nivel individual, sino de grupo. El varón español y católico no está, hoy, suficientemente politizado como para hacer la guerra revolucionaria, ni siquiera a la defensiva. Pero algo, sí; aunque es evidente que nos faltan vocaciones seculares para la política y para la guerra revolucionaria. En cambio, la mujer española y católica, en grupo, está en unos niveles de politización exageradamente inferiores, prácticamente nulos. Su distancia de los niveles masculinos es inmensa, y esa desproporción es ya un mal grave que tienen que empezar a corregir las propias mujeres ya iniciadas en la clase de guerra que nos ocupa.

Se repite, porque es verdad, que detrás de un gran hombre suele estar, discreta, una gran mujer. También en la guerra revolucionaria. Pero hoy, en la sociedad católica española, los pocos hombres con vocación política general, y después a la guerra revolucionaria, no solamente están desasistidos por las mujeres de su entorno, lo cual ya es un grave mal, sino que están permanentemente tentados por ellas a abandonar, lo cual es otro mal todavía peor, mucho peor. "Tú, no te metas", es una de sus consignas favoritas. Por eso podríamos también repetir, porque es verdad, que detrás de un hombre frustrado para defender y propagar su Fe desde la política, hay, escondida, una sirena egoísta. Necesitamos hombres en el pleno sentido de la palabra, y tam-

bién podemos decir que necesitamos mujeres especiales, de una clase que hoy no tenemos.

Vuelven mis recuerdos a aquellas mujeres navarras de los días de la Cruzada que empujaban a la guerra a sus maridos e hijos, a todos los hombres de la casa, como heroínas del Antiguo Testamento. Han dejado constancia de ellas López Sanz, Iribarren y Jaime del Burgo, entre otros, en escritos de la época.